

Fue en el Sol de Jardines. Jorge bajaba aquellas escaleras junto a una mujer magnética, con la dignidad de un Estructuralista Ausente. La Rosa todavía no tenía nombre. Yo acababa de hacer Opera Prima -que no Aperta- y hablaba, abajo en la sala, con su “ex” sin saber que lo era. Me acerqué a él -ya nos había presentado Juan Cueto- y le propuse que hiciera una figuración distinguida (ahora lo llaman “cameo”) en la secuencia de arranque de una película que yo había osado dirigir. -La secuencia va de un estreno y tú te acercas al director y le comentas tus impresiones -le dije. -Solo si me dejas contar la anécdota de Duchamp -respondió.

-¿Cuál es ésta? -Marcó una pausa y en el mejor de sus graves, cual si de un haiku se tratara, espetó:

-¡Ah el campo! Ese lugar donde los pollos se pasean crudos. -¡Fastuoso! -contesté -rodamos el martes.

Jorge contó la anécdota de Duchamp en la película. Pasaron los años . Yo tuve a mi hijo Pablo con la mujer magnética que me presentó aquella noche. Jorge se convirtió en el albacea de Umberto Eco y se fue a Roma, a la Academia. Pero ahora la Estructura sigue ausente y Jorge también lo está. Rose Sélavy, pero ya no tanto. Brindo por los Grandes ausentes.

Oscar Ladoire